

JESVITAS

400 años en Córdoba

CONGRESO
INTERNACIONAL

21 AL 24 DE SETIEMBRE DE 1999
CÓRDOBA - ARGENTINA

TOMO 1



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE CORDOBA



UNIVERSIDAD CATOLICA
DE CORDOBA



JUNTA PROVINCIAL DE
HISTORIA DE CORDOBA

Los 400 años de la Compañía de Jesús en Córdoba

La Compañía de Jesús nació a mediados del siglo XVI¹, en momentos en que aparecía la llamada Contrarreforma como propuesta a la postura protestante de Lutero. Su fundador, Ignacio de Loyola, fue un carismático personaje que había abandonado en 1521 la carrera de las armas para luchar con las armas de Cristo por la conquista de su Reino. Convencido de la necesidad de una sólida formación intelectual para los objetivos que se proponía, después de haber intentado estudiar en Alcalá y Salamanca, se dirige a París para estudiar en la Sorbona, donde encuentra el clima tranquilo que necesitaba y buenos Maestros. Durante el tiempo de sus estudios aprovechó para conquistar un grupo de jóvenes, mediante los Ejercicios Espirituales. Entre los que se encontraban en aquellos días figuraban Francisco Javier, Pedro Fabro, Alfonso Salmerón, Pascacio Broet, Diego Laínez, Simón Rodríguez, entre otros. En enero de 1521 se gradúa de bachiller y en abril de 1534 de maestro en Artes, recibiendo el correspondiente diploma el 14 de marzo del año siguiente, hasta que el 24 de junio de 1537, junto a varios de sus compañeros, recibe la ordenación sacerdotal.

En Vicenza, cerca de Venecia, esperan la embarcación para viajar a Tierra Santa, donde Ignacio soñaba con ejercer su apostolado, quedando el viaje frustrado por quedar éste a disposición del Papa. En el mes de septiembre delibera con sus compañeros sobre los ministerios y el nombre que llevaría el grupo. Deciden llamarlo: *Compañía de Jesús*. De esta manera la consolidada familia se instaura como un particular ejército cuyo jefe no sería un militar sino Cristo, sus armas los Ejercicios Espirituales, la educación de la juventud, las misiones evangelizadoras, su fortaleza el discernimiento de la voluntad de Dios y su estandarte "*la mayor Gloria de Dios*".

¹ 27 de setiembre de 1540, Confirmación de la Compañía de Jesús como Orden religiosa por medio de la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, del Papa Paulo III.

Desde Roma se dirigieron a diversas regiones del mundo: San Francisco Javier a la India desde donde llega al Japón, Simón Rodríguez a la India, aunque fue retenido en Portugal por el rey Juan III, Andrés de Oviedo a Etiopía, otros a diversas partes de Europa y ya en vida del Santo llegaron a las Indias Occidentales². Fueron estos *Amigos del Señor* los que abrieron las sendas y el florecimiento de los jesuitas en el mundo.

En principio constituyó un reducido grupo de ignacianos que se consolidó en una estructura humana que ejerció en el mundo una influencia decisiva. Sobre todo al insertarse plenamente en la sociedad sus colegios y universidades, que se convirtieron en centros de formación de prestigio-so nivel académico. Pero la evangelización que desarrollaron en la América hispana también cumplió un papel de gran trascendencia.

Jesuitas en un "mundo sin mal"

América ya había sido descubierta y conquistada por el europeo en la mayor parte de su territorio y mientras algunos se aferraban a la apropiación de sus riquezas, los hijos de Ignacio llegaban para redimir almas enfrentándose a la ferocidad defensiva del indio y a la avaricia del encomendero que sólo buscaba satisfacer sus propios intereses en desmedro de aquellos.

Los jesuitas tenían por entonces tres provincias en América, las de México, Brasil y Perú. Pero al poco tiempo se crearía una nueva, la particular e impetuosa Provincia Jesuítica del Paraguay, que dejó a la humanidad una pléyade de varones ilustres cuya abnegación y convicción llegó en algunos casos a convertirlos en mártires de su propio destino. Tal es el caso de los alumnos dilectos de nuestra Universidad de Córdoba, los Santos Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, quienes fueron asesinados en Caaró y Yjuhí en el mes de noviembre de 1628 junto al padre paraguayo Roque González de Santa Cruz.

Guiados por el siempre presente *Directorium in Exercitia Spirituality* se disponían a desplegar su sapiencia evangelizadora en una extensa región de América del Sur, integrada con parte de los actuales países de Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia y Argentina.

Así fue que en la segunda mitad del siglo XVI comenzaron su progresión desde el Perú, dentro de una región que ejercía una suerte de imán sobre los misioneros europeos, alentando sus estudios y reavivando sus

² El 9 de julio de 1553 San Ignacio instituye la Provincia del Brasil, nombrado Provincial al P. Francisco de Nóbrega.

esperanzas de vida misional, precisamente para conquistar una infinidad de almas dispersas por tierras inhóspitas donde afortunadamente no había llegado el envejecimiento europeo.

Eran tiempos en que recién se había creado el Obispado del Tucumán, donde había más de cien mil almas -sin contar a los españoles- ejerciendo la máxima autoridad el dominico fray Francisco de Vitoria, quien tenía especial deferencia para con los prosélitos de Ignacio. Así fue que recabó auxilios de personal no solo a los provinciales jesuitas de Brasil y Perú, sino también al padre general Claudio Aquaviva. El primero en responder fue el Padre Provincial del Perú que envió a los padres Alonso Barzana y Francisco Angulo que arribaron en 1587 durante sus tradicionales misiones volantes y en compañía del Obispo³.

La historia de los jesuitas en el Paraguay recién comenzaba cuando pronto los europeos tuvieron noticias de lo que se estaba haciendo del otro lado del mundo. Era la conquista de la “*tierra sin mal*”, buscada y soñada por los naturales, donde los jesuitas gestaron una experiencia formidable que tendió a dar al hombre felicidad y sabiduría en un mundo paralelo al que imponían las coronas europeas.

Las múltiples copias de las ‘*cartas anuas*’, aquellos informes periódicos que remitía el padre provincial a su superior, fueron en el Viejo Mundo uno de los instrumentos de difusión más comunes, aunque también los tempranos libros que aludían a la incipiente “historia”, como los del belga Nicolás Du Toit (1611-1685), mas conocido como padre del Techo y el limeño Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652), fomentaban el entusiasmo entre los jóvenes novicios europeos. Paulatinamente se fue formando la imagen mítica de la utopía guaraní que fue fortalecida por otros historiadores como el celebrado bibliotecario del duque de Módena, Lodovico Muratori (1672-1750), quien con su *Il Cristianesimo Felice*, publicado en 1743 llevó al lector europeo el conocimiento de la grandiosa obra jesuítica de las lejanas selvas del Paraguay.

La instalación de los jesuitas en Córdoba

La insistencia del gobernador Ramírez de Velasco, en cuanto a la presencia de sacerdotes, respondía a una reacción tomada ante el peligro-

3 *Documentos para la Historia Argentina, Tomo XIX, Iglesia, Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)*, Introducción Carlos LEONHARDT S.J., Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1927, p. LXIX. GRACIA S.J., Joaquín, *Los Jesuitas en Córdoba*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1940, p. 35.

so despoblamiento que amenazaba hacer desaparecer a Córdoba, llamada a ser un enclave estratégico en la política expansionista hispánica. Por ello era de imperiosa necesidad tomar urgentes decisiones que perpetuaran la fundación en el tiempo. En gran medida las órdenes religiosas tenían una capacidad de desarrollo y sentido de ocupación del sitio superior a los primeros soldados que se desalentaban ante las condiciones de vida que debían afrontar. Con el asentamiento de iglesias, conventos y colegios, se podía asegurar un crecimiento mediano y sostenido de la ciudad para consolidar el territorio conquistado.

De esta manera los jesuitas llegan a Córdoba y se les ofrece una manzana para la instalación de su casa, pero prefieren continuar con sus "misiones volantes", llevando el Evangelio a cada uno de esos casi inexplorados rincones donde más se los necesitaba. Este reconocimiento del sitio les permitió dominar la totalidad del territorio, y posteriormente con ello, discurrir pautas concretas y calificadas para el asentamiento de sus estancias.

Solo después de algún tiempo finalmente aceptaron la propuesta y se instalaron en la que hoy conocemos como manzana jesuítica de Córdoba. Era el 20 de marzo de 1599⁴ cuando le tocó al padre Juan Romero aceptar formalmente la donación, en un acto cargado con todos los ritos residuales del medioevo europeo. Era una nueva manzana que revestía particular significado para los cordobeses porque en ella todos habían contribuido a levantar una ermita, dedicada a los santos Tiburcio y Valeriano, instituidos por los ciudadanos como protectores de una plaga de langostas que tiempo atrás había causado una desafortunada calamidad en sus campos⁵.

La expansión de los jesuitas en la ciudad no se demoró. Instalaron el Colegio y la Iglesia y de esta manera, a fines del siglo XVII y principios del siguiente, desarrollaron una importante actividad económica que se reflejó en las variadas y costosas empresas arquitectónicas que llevaron adelante. En los no fáciles días iniciales estuvo siempre presente la firme decisión del Padre Provincial Diego de Torres (1551-1638), inspirador de las inquietantes Ordenanzas de Alfaro, a quien se debe la gloria de haber iniciado empresas de gran relevancia. Fue este ilustre sacerdote quien fundó el Noviciado en 1608, regentó por un tiempo el Convictorio de San Francisco Javier y sobre todo determinó establecer la sede en Córdoba, centro cardinal del nuevo territorio jesuítico, donde en medio de la fluida conexión del Río de la Plata con el Alto Perú y de la misma ciudad mediterránea con Chile y el Paraguay, formaban un circuito interregional cuya homoge-

4 *Archivo Municipal de Córdoba*, Actas Capitulares, Libro III, Córdoba, 1882, p. 124.

5 SOSA GALLARDO, Santiago A., "En torno a la Ermita y la Seudoermita", separata de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, segunda serie, Año VI, Nº 3-4-5, jul.-dic. 1965.

neidad fue ejemplo en la posterioridad. De esta manera nació un núcleo comercial bioceánico que se autoabastecía en todos los aspectos socio-culturales y económicos necesarios. Recordemos en este sentido que ya en 1610 el incipiente colegio de Córdoba exportaba harina al Brasil, con quien se tenía un activo comercio. Incluso gran cantidad de alimentos producidos en Córdoba se llevaban al Alto Perú y sobre todo mulas, que fue el objeto comercial máspreciado de los siglos XVII y XVIII. Pero sin dudas que el aspecto cultural dejó su impronta imborrable a través de una sólida contribución que marcó significativamente el desarrollo de una identidad regional de contornos inigualables.

El cerebro y el corazón

Era privilegio de la Santa Sede fundar universidades, siendo por bula del Papa Julio III, firmada en 1552, cuando se facilitó a los jesuitas abrir las célebres universidades de San Marcos en Lima, la de Quito y por cierto con el tiempo la Universidad de Córdoba.

Una vez que el padre Torres se hizo cargo del provincialato, no solo comenzó la gesta misional con la fundación de las primeras reducciones sino que establecieron en el actual territorio argentino el Colegio Máximo en Córdoba, germen de la Universidad, dos colegios en Buenos Aires y otros en Santa Fe, Santiago del Estero, La Rioja, Catamarca, Salta y Tucumán. Mientras que las escuelas de primeras letras pulularon por todo el continente.

Apenas habían pasado unos años desde que los jesuitas habían diseñado su "*Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Jesu*" (Método y sistema de estudios de la Compañía de Jesús) cuando se puso en marcha un emprendimiento de notable trascendencia americana. El método de enseñanza o *Constituciones* aprobadas por el padre general Claudio Aquaviva en 1599 se aplicaría a todos los Colegios de la Compañía de Jesús.

Por entonces el procurador general de las Indias en Madrid, padre Francisco de Figueroa sj, comenzaba en 1609 a gestionar los grados ante la Real Audiencia, para todas las Indias Occidentales. Finalmente y luego de reiterados pedidos, el 13 de junio de 1613 el Consejo de Indias concedió aquellos grados con aprobación del rey Felipe III. Pero los padres de la Compañía pretendían que dichos grados no solo fueran una facultad real, sino a su vez tuvieran una licencia pontificia. Esta fue recién acordada por el término de diez años en el breve *In Supereminenti* que firmó el 8 de agosto de 1621, el papa Gregorio XV, el mismo que en ese año canonizó a Igna-

cio de Loyola y Francisco Javier. De todas formas el documento, refrendado por el flamante rey Felipe IV el 2 de febrero del siguiente año, completaba la bula de Julio III de 1552 en la que concedía el privilegio a los jesuitas, extendido luego por los papas Pío IV en 1561 y Gregorio XIII en 1578. La concesión provisoria que autorizaba a otorgar grados literarios y académicos, tanto a religiosos como a seglares, quedó ratificada en forma definitiva por el breve pontificio del 29 de marzo de 1634 que rubricó el papa Urbano VIII⁶.

De esta manera se habilitaron las universidades jesuíticas, quedando el inicial Colegio Máximo de Córdoba en igualdad de condiciones legales, interrumpidas al ser expulsados los beneficiarios de las prerrogativas reales y pontificias que dieron motivo a Carlos IV para que recreara la Universidad de San Carlos y Nuestra Señora de Monserrat luego de alejados los religiosos jesuitas. Fue así que en el año 1623 aconteció la primera colación de grados, llevada a cabo en la desaparecida ciudad de Talavera del Esteco, siendo presidida por el obispo Julián de Cortázar, máxima autoridad eclesiástica.

Con las primeras disposiciones superiores, la flamante Universidad dictó sus propias "*Ordenaciones*", tarea en que inspirado en las normas de la Universidad de Lima, realizó el padre Pedro de Oñate, luego reformadas por los padres Francisco Vázquez Trujillo y Juan Pastor. Contaban con 37 ordenaciones o artículos divididos en dos partes, que rigieron los estudios hasta 1664 en que fueron sustituidas por las "*Constituciones*" que especialmente elaboró el padre Andrés Rada, aprobadas por la Cédula Real de 1680⁷.

Todos o casi todos los jesuitas europeos que arribaban al Río de la Plata tenían su primer destino en Córdoba, donde completaban sus estudios en la que fue la primera universidad fundada en el territorio argentino. Durante su estadía soñaban con aquel rumbo que fortalecería sus almas en el contacto con el indio y su medio natural.

Lentamente el pensamiento aristotélico sirvió como modelador de una juventud que se introdujo en el mundo griego cristianizado, ajustándose a la enseñanza doctrinal del jesuita granadino Francisco Suárez (1548-1617), el más comprensivo y penetrante pensador de la época, cuyas enseñanzas orientadas a esclarecer el origen divino del poder, molestó muy significativamente a los Borbones. También las lecturas de Santo Tomás en-

6 GRACIA S.J., Joaquín, pp. 132 y 184.

7 MARTÍNEZ PAZ, Enrique, *Constituciones de la Universidad Nacional de Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas, Córdoba, 1944.

grandecieron los claustros murarios de la manzana jesuítica. Allí impartían sus lucubraciones filosóficas los eruditos Joaquín Millás, José Sanz y entre una extensa nómina de profesores que durante dos lustros ilustraron las egregias cátedras de la alta casa de estudios se destaca Domingo Muriel (1718-1795), quien estudió teología en Salamanca y fue lector de filosofía en el Colegio de Valladolid. En sus publicaciones evidencia los rasgos de una tradición intelectual difundida en Hispanoamérica, como su *Rudimenta Iuris Naturae et Gentium* que abarca temas profundamente debatidos y de cuya escuela surgieron los argumentos dialécticos para justificar la revolución americana de la colonización española.

Pero también aquellos que estudiaron en la Universidad fueron en su mayoría partícipe del poder político y eclesiástico del luego virreinato del Río de la Plata y aún de sus límites inmediatos. También lo fueron luego de la independencia, debido a que en sus claustros se incorporaron los criollos que en su mayoría firmaron el acta del Congreso de 1816.

Fue en esta Universidad donde los jesuitas instalaron la primera imprenta, traída por el húngaro Ladislao Orosz S.J., considerado el segundo fundador del Paraguay, quien lo hizo de regreso de Europa, a donde fue enviado en calidad de procurador. Funcionó hasta después de la expulsión, incluso hasta clandestinamente bajo los sótanos del rebelde Monserrat, siendo al poco tiempo trasladada a Buenos Aires para que sirviera a la famosa imprenta de los Niños Expósitos.

En este periodo y por decisión de las autoridades locales pasó a ser administrada por los franciscanos, quienes dentro de su gobierno fundan la Facultad de Derecho en 1791. Pero la universidad que administraron los nuevos religiosos se vio económicamente diezmada por la misma Junta de Temporalidades que enajenó en forma lastimosa las famosas estancias que por tantas décadas la solventaron.

El camino recorrido había dejado huellas imborrables. El tiempo había llegado a su fin pero el nombre de Córdoba siempre se mantuvo asociado con la universidad, llevando esa cualidad tan emblemática de "docta" por obra de los jesuitas. Ni siquiera el obispo Abad Illana, oponente acérrimo de la Orden de Jesús, podía dejar de manifestar luego de la expulsión, que si se llevaban la universidad de Córdoba, como era intención del cabildo de Buenos Aires, la ciudad quedaría muy perjudicada⁸.

En el ámbito universitario cordobés se centró el panorama cultural del Río de la Plata. Florecieron las artes y las ciencias de la mano de ilustres hombres como Tomás Falkner, el etnólogo jesuita inglés que intro-

⁸ PUEYRRREDON, Alfredo, *El obispo del Tucumán doctor Manuel Abad Illana*, Córdoba, 1986, p. 32.

dujo las matemáticas de Newton. Mientras Sánchez Labrador realizaba trabajos de observación botánica y estudios de la fauna, Buenaventura Suárez establecía un observatorio en las misiones del Uruguay, Bianchi y Prímoli levantaban monumentales edificios y el sensible Doménico Zípoli, componía inolvidables piezas musicales, historiadores como el nombrado del Techo, Francisco de Charlevoix, José Guevara y por cierto nuestro tan venerado Pedro Lozano, quien –como lo considera Furlong⁹– es para nosotros el Tácito de los ingleses, el César de los franceses y el Lito Libio de los italianos. A ellos se sumaron médicos, relojeros, herreros, artistas y cuantos oficios hubiera por la época, dispersando sus conocimientos en una encumbrada gesta civilizadora, reservada no sólo para la orden jesuita sino incluso para aquellos, como el poeta Luis de Tejeda, cuyos padres no tuvieron necesidad de mandarlo a estudiar a Europa.

El origen del desarrollo del conocimiento, de la aplicación científica, la educación y cultura del mundo americano, llevó desde entonces los emblemas de Jesús y de María que enarbolaron los jesuitas una y otra vez en cada una de sus obras creadoras.

Llegó a decir en 1730 el obispo Juan de Sarricolea y Olea, en un informe al papa Clemente XII, que “... en este máximo y preclaro colegio de Córdoba, donde en un ateneo público, en la Pontificia y Real Universidad, no menor a las más célebres academias del orbe, con la atención y diligencia de los Padres de la Compañía, se disciplinan los ingenios, se fomentan los estudios y se promueven los estudiosos, conservando al detalle un rigor similar al que es de costumbre y reglamento en el egregio Liceo de Alcalá de Henares de España en el cumplimiento de los exámenes previos al grado, a punto tal que con razón puede denominarse el Complutense de las Indias”¹⁰.

La luz que sigue brillando

Las actividades de los jesuitas en la extensa provincia paraguaya, donde gestaron su irónicamente llamado “estado jesuítico”, fueron elogiadas aún por adversarios de la Compañía de Jesús, como los grandes pensadores de la Ilustración: Voltaire, d’Alembert y Montesquieu; mientras que los adictos a su obra como el mencionado Muratori, el publicista fran-

9 FURLONG S.J., Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Secretaría de Cultura de la Nación, editorial Biblos, Buenos Aires, 1994, p. 67.

10 BARBERO, Santiago, et.al., *Relaciones ad limina de los Obispos de la Diócesis del Tucumán (s. XVII al XIX)*, Prosopis Editora, Córdoba, 1995, p. 136.

cés Abbé Guillaume Raynal (1713-1796) y el historiador presbiteriano escocés William Robertson (1721-1793), vieron en los jesuitas del Paraguay el ideal de una comunidad armónica. Pero también la visión romántica se desarrolló en la obra del famoso literato François-René Chateaubriand (1768-1848) quien destacaba el papel de la música impuesta a los indios. Entre tantos otros pensadores, el experimento jesuítico también estuvo en boca de figuras como Hegel, Cunningham Graham y Lugon.

La notable influencia de los jesuitas en el Río de la Plata puede ser remontada, sin demasiados estadios intermedios, a las características prácticas y teóricas de la organización de la Compañía de Jesús, que a su vez fueron concebidas por una mentalidad española medieval, tan elástica, que su producto ha resistido las exigencias de las más variadas épocas y circunstancias.

Por eso no podemos dejar de subrayar que por las condiciones de su incorporación a la orden, por su intensa educación, por el excepcional sentido religioso, activo y militante que inspiraba a sus miembros, por su cuidadosamente controlada disciplina, por su organización jerárquica y centralizada, los jesuitas estaban destinados -aún comparados con otras órdenes- a desempeñar ese impresionante y único papel histórico que les tocó protagonizar. América y particularmente esta región ofreció un campo singularmente propicio para el empleo de sus jóvenes energías.

Con la expulsión decretada por Carlos III en 1767 la obra de la Compañía de Jesús quedó evidentemente trunca y fragmentada. Pero el *Finis Paraquariae* nunca pudo disolverse por completo, porque el vínculo social que ejercieron los hijos de Loyola fue perdurable en la memoria colectiva. La realidad cultural que impuso la sumisión del más débil nunca pudo cambiarse y el despectivamente llamado "utópico" proyecto jesuítico, sigue siendo un proyecto de esperanza que se acondicionó a otros tiempos, a otras realidades, a otras personas. Además de este viviente espíritu latinoamericano y universal, felizmente hoy quedan muchos testimonios de un tiempo y de un grupo humano que intentó cambiar el mundo, cuyos valores enaltecen y jerarquizan a la humanidad.

Carlos A. Page